

# MAIN STREET

*Marien Ribes Mencheta*

Los seres humanos vivimos ordenadamente las pautas que nos dictan dos dimensiones que alguien, un día, bautizó "espacio-tiempo". Ya van pasados unos cuantos siglos desde que la medida de estas dimensiones nos ofrece la ilusoria sensación de que dominamos nuestras vidas y que "aquí" y "ahora" son, porque así los nombramos, nuestro presente.

Gracias a este afán, tan humano, de medir y nombrar, se obtienen unas sucesiones que, a su vez, confirman la necesidad de dominio: generaciones, horas, kilómetros, zonas, lustros, metros por segundo... todo lo nombrado es sometido, todo lo pasado se vuelve materia distinta de lo que aún pasa y de lo por pasar... Así, una vez aislado, el pasado puede empaquetarse y ser olvidado o puede empaquetarse y convertirse en recuerdo individual; o puede empaquetarse, previa selección intencionada, y convertirse en historia.

Así se estudia, en general, esa ciencia que trata los hechos de los hombres a lo largo del tiempo: de forma extractada; es decir, según qué hechos y según qué hombres.

Pero hete aquí que un ser sensible viene a inspirarse, precisamente, en esa morralla que sobra de aquella selección que realizó la historia. Un escritor que ha encontrado respuestas –y sobre todo, material para hacerse preguntas– en esos hechos que a nadie importaron y en esos hombres y mujeres que no dejaron huella ni fecha en batalla alguna. Y con ellos –hechos y gentes– ha creado un "como si" –que diría Montesinos–, una cotidianidad puntual que es al mismo tiempo absolutamente abstracta.

Puntual por el espacio en que se desenvuelve, ese lugar fronterizo, ese lugar-prisión en ocasiones y siempre discordante en la melodía política.

Abstracto porque en el "como si" de Téllez, en su pequeño espacio literario caben sensaciones universalmente reconocibles.

Qué raros somos los que conformamos la Humanidad. Cogemos un trozo de roca, –ni cordillera, ni montaña, ni sierra siquiera, un capricho de la geografía, casi un descuido– y montamos en trono a ella una lucha de siglos. Y en torno a ella creamos victorias para algunos y derrotas íntimas, infelicidades profundas, para la mayoría. Por eso es saludable que artistas como Téllez se fijen en ellos, en los que conforman esa morralla de la que antes hablábamos y nos transmita a su través ese "conocimiento poético" del que trata Rosa Regás en su magnífico prólogo.

Porque así, por ejemplo, es como mejor se entiende la atmósfera claustrofóbica que generó el cierre de la frontera. Cito su relato *Huida de Main Street*:

Hubo un tiempo en que la frontera estuvo cerrada y Dorothy McGuire se asfixiaba dentro, malditos españoles.

Adivino todavía sus rasgos pelirrojos asomando por entre los tapaluces del ventanuco victoriano, con la sola perspectiva de una calle larga y serpenteante, jalonada de comercios que habían conocido mejores fechas. El vestido largo y oscuro capeaba seguro, sobre unas botas con flecos. A veces, ella permanecería en silencio durante días, sin dirigir más palabras que las imprescindibles, apartando la vista cada vez que su esposo le cazara los ojos al vuelo durante el desayuno, o pegando un respingo cuando él pretendiera rozarla.

Se tumbaría en la mecedora, a oír discos antiguos, o leería libros largos e intensos, de esos que ya no se escriben.

–Al menos, la melancolía es elegante.

Sigo, un poco más adelante:

A Dorothy McGuire le deprimían, sobre todo, las largas veladas en casa de los García, el matrimonio amigo que vivía al otro lado del rellano. Lo más curioso es que la señora García, por más que se apellidara García, no hablaba ni papa de español, y él apenas hablaba. Ni español, ni inglés, ni nada de nada. Gruñía, mascullaba sonidos, no sé explicarme, hola y adiós, lo menos que se despacha, pero dedicaba a sus invitados una sonrisa tosca, les convidaba a coñac en unas copas enormes, estilo Napoleón, y se reía de buena gana con los programas cómicos de una televisión en blanco y negro.

Yo he visto una continuidad a este relato en el titulado "monos". En esta narración se sustenta una alegoría no sólo de los errores y de la acción política atropellada, como se deja ver en el siguiente fragmento:

Lograríamos –explicó– que los gibraltareños se sintieran directamente preocupados por sus mascotas, pues los monos constituyen un indudable símbolo de nuestra comunidad el público pensaría que huyen, que abandonan el barco, que traicionaban nuestra casa. A la población gibraltareña le conoce usted la leyenda que corre sobre la desaparición de esas bestias. Y, a la postre, cuando las volviéramos a capturar, no tendría límite el entusiasmo de la turba hacia nuestras fuerzas.

Sino que también es una alegoría ese frustrado intento de los monos por alcanzar la libertad:

Cuando Winston Churchill, junto a otros tres macacos, ganó la zona de la frontera y se topó con las cancelas cerradas, supo que el futuro no existía.

A veces, el libro trasciende, incluso, la geografía local que sirve de base y entonces Gibraltar se convierte en excusa para relatar nuevas –y permanentes– injusticias. Es entonces cuando se produce un malestar interno, más íntimo aún, en el lector. En relatos como "Tercer Mundo" Juan José Téllez nos muestra, siempre bajo la mirada escéptica del artista inteligente, hasta qué punto la hipocresía y el dinero mueven el mundo. En este relato –uno de los que, dicho sea de paso, más acertadamente muestra la mezcla idiomática de sus protagonistas– a Jimmy Contreras le crecen de repente marcas de madurez, consecuencia directa de su comprensión del funcionamiento del mundo, cuando, según leemos:

Él no sabía ni papa del país, ni del idioma, pero allí que estaba, dispuesto a salvarlo y a ser el héroe que siempre había imaginado y al que Gibraltar recibiría en loor de multitudes, con el gobernador al frente, entre entorchados, salvas de ordenanza y bandas de música. Así que –omo él–, allí estaban los cien expedicionarios, de una sola tacada, zarrapastrosos muchos, otros oliendo a sudor, cansados del viaje de tanto trasteo, pero todos a gusto, con William Sharker mandando más que un sargento semana y la pandilla entera descargando, desembalando cajas, volviéndolas a embalar, llevándolas a un camión, trasbordándolas a otros y todos los cafres, carcajeándose por los alrededores.

–¿Hambre, qué hambre?

Se meaba de la risa aquel negro alto, que llevaba un portafolios y que, según Jimmy Contreras supo luego, era profesor de Derecho en la Universidad de Lumumba.

En general, podría afirmarse que las palabras "sangre", "soldado", "dolor" se hacen notar por su reiterada aparición. Es, entiendo, una forma de que el lector se plantee su propia visión de la injusticia, de que la comprensión hacia acciones y actitudes ajenas surja espontáneamente y sin dirigismos.

Pero, entendámonos, no se encuentra en estos relatos una ni siquiera mínima explicación de los hechos que llevaron a que Gibraltar y los españoles seamos lo que somos hoy. No; es mucho más amplio el significado de comprensión al que me refería. Un brigada internacional, hijo de un marinero inglés y de una gitana de Sevilla, nos lo deja adivinar cuando, terminando la narración de la que es protagonista, culmina: "Que no todo fue inútil, qué carajo. Me duele mucho y hace frío. Oí a menudo esa frase que ahora pronuncio yo".

Creo, incluso, que el propio autor escribe y muestra dos de sus relatos con la misma intención. En el primero, primero también del libro, titulado "The Cradle of the history", se nos sitúa en la antesala de lo que vamos a encontrar y se dibujan los planos del territorio que pisaremos en nuestro paseo sensitivo, al tiempo que, gracias a la estructura de la narración, el presente –aparentemente olvidadizo y simplista– se funde con el pasado a través de la narración oral de un guía turístico.

En el segundo esta intención aparece explícita. Un oficial, –otra vez soldados– nos informa: "Estaba a punto de irrumpir el verano de 1779 y el teniente Robles me había pedido que lo apadrinara. A Juan Ceballos y a mí, nos emplazó a que le sirviéramos de testigos y concertáramos un duelo a espada".

Y más adelante, ya en el momento puntual del duelo:

Fue al cruzar las armas. Cuando el teniente Robles y el teniente Oaks se miraron cara a cara. El mismo rostro, juro que ambos tenían el mismo rostro. Se quedaron quietos sólo por un instante, hasta entrechocar los filos. Prosiguieron. Mantuvieron las distancias, atentos ambos a su defensa. No cupo duda de que ambos tiradores sabían batirse, según comprobamos los que ya teníamos tradición como testigos. Pero hubo mucho jaleo a partir de entonces. Desde la línea de Gibraltar oímos gritos. Desde Bayside, también. Una guerra, decían. Se sucedieron vítores, bombardeos, los ejércitos cruzaban a nuestro lado como si no les entorpeciéramos. Parecía también como si el tiempo galopara. Vimos mucha sangre sobre el istmo, pero ellos, los dos tenientes, seguían midiéndose los ojos, sin reconocerse mutuamente.

Y para finalizar, sigue contando el protagonista:

Sería el cansancio, pensábamos, pues cierto es que el combate bien que se demoraba. Los padrinos estábamos tan embobados con el desafío que no prestábamos atención al paso de los años: crecían chisteras donde hubo tricornios. Luego, mascotas. Oímos disparos de guardias, fronteras cambiantes, vimos pasar la barbarie bajo uniformes distintos como si no importaran las ejecuciones ni las máscaras, enormes carricoches con cañones a la grupa, bengalas en el cielo y moros de a caballo. Acabo de echar cuentas y ya llevamos aquí dos siglos. Oigo sobre nuestras cabezas el zumbido de un pájaro metálico, avión intuyo que es su nombre. Adentro, el piloto de un Harrier de la Royal Air Force estará comunicando a la base que en mitad de la pista del aeropuerto de Gibraltar hay seis tipos con trajes antiguos. Y que dos

*Almoraima, 30, 2003*

de ellos luchan a muerte, espadas en ristre. Siguen luchando, sanguinolentos, cansados, al punto de la rendición o de la locura.

Poco después, el aparato se estrella en el mar. Justo cuando la niebla se está tragando, nuevamente, al istmo.

Y con esto termino mi intervención. Esperemos que la locura humana nos permita seguir disfrutando de historias como éstas y que día llegue en que, como la niebla sobre el istmo, caiga la sensatez aplastando tanto dislate. Muchas gracias por su atención.